

LA LUZ DEL MEDITERRÁNEO inundaba toda la casa. Cinthia, como cada mañana, se arreglaba el pelo delante del espejo. Poco a poco fue tejiendo una trenza que ató con una goma. Su abuela siempre se quejaba de ese peinado suyo que tanto repetía, pero a ella le parecía lo más práctico, sobre todo para sus clases extraescolares.

Desde hacía un par de años, y después de haber probado con el fútbol, el hockey sobre patines y el taekwondo, Cinthia compaginaba ahora la escalada y el ciclismo.

Se le daban bien los deportes, pero no tanto las matemáticas. Para compensar, sus padres la habían obligado a asistir a clases de refuerzo. Ella habría deseado ir a la academia de la Plaza Mayor con sus amigas del instituto, Marta y Paula, pero quiso la casualidad que justo esa semana hubiera aparecido en su buzón un papel con el siguiente anuncio:

ACADEMIA BLUME
Clases de apoyo
Más de 20 años de experiencia
Plazas solidarias

La elitista Academia Blume era conocida en toda la ciudad. Hasta la alcaldesa, de la que se rumoreaba que había tenido una juventud complicada, se contaba entre sus reputadas exalumnas. El padre de Cinthia no habría podido dejar pasar la oportunidad de relacionar a su hija con lo mejor de la sociedad local, y el reclamo “plazas solidarias” hizo el resto.

Sus padres habían llamado para informarse y los habían convocado para ese día. Así que allí estaba Cinthia, peinándose y pensando qué ponerse para la entrevista.

—No deberías vestir eso. ¡No tienes ningún gusto! —escuchó decir a Aroa desde la puerta.

Al girarse, vio como su hermana mayor la miraba con cara de asco.

Aroa, dos años mayor que Cinthia, era muy distinta de ella. Siempre estaba pendiente de las redes sociales, la ropa y los chicos. Podía parecer algo boba, pero en realidad iba bien en los estudios. Mejor que ella. A Cinthia eso le fastidiaba muchísimo: Aroa podía pasarse las tardes mirando ropa en internet y ella tendría que perder el tiempo en una pretenciosa academia de refuerzo.

Cinthia se levantó y caminó tranquila hacia la entrada de su habitación. Al llegar, miró a su hermana a los ojos, y le cerró la puerta en las narices. La oyó reírse al otro lado, una risa que indicaba que Aroa había conseguido su único objetivo en la vida: molestarla.

Suspiró y volvió ante el espejo para encontrarse con un reflejo que conocía de memoria. Los ojos negros y nerviosos de una chica de quince años la miraban fijamente. Había oído hablar de miradas felinas, de gata, pero la suya era más parecida a la de un ratoncillo curioso. Tenía una boca grande y bonita, o eso al menos creía. Era delgada, pero su cuerpo transmitía una gran fortaleza. Era más alta que el resto de chicas de su clase, y las incontables horas que había pasado practicando deporte le habían otorgado un porte atlético. Sin embargo, bajo todo ello latía una gran inseguridad. Se preguntaba a menudo si era guapa, si habría alguien secretamente enamorado de ella. O enamorada. Pasaba la mitad del tiempo deseando no destacar y la otra mitad queriendo ser especial, diferente al resto. Toda esa tensión no estaba allí, en el espejo, aunque Cinthia podía percibirla.

Se fijó en la ropa que llevaba puesta. No veía qué tenían de malo los tejanos y el jersey amarillo, pero Aroa había conseguido que dudara de su elección. Revolvió en el armario en busca de algo más formal. La mayoría de su ropa era de *sport* o, directamente, deportiva. Al final, se decidió por unos vaqueros ceñidos negros y una camisa blanca.

Después de la entrevista en la Academia Blume tenía que ir a clases de escalada, así que preparó la mochila con lo necesario: casco, arnés, cuerdas, enganches y algo de ropa de recambio. Tras cerrarla, sacó su móvil del bolsillo y envió un mensaje a su padre: «De verdad tengo que ir? Porfa! :(».

Bajó las escaleras y fue directa a la cocina, donde encontró a su madre hablando por teléfono. Su padre había montado todo ese lío, pero como trabajaba hasta tarde, era ella quien tenía que acompañarla a la entrevista.

Al entrar, su madre le levantó la mano en señal de «espera un momento». Cinthia abrió la nevera y se quedó mirando dentro sin saber bien qué buscaba, mientras de fondo escuchaba la conversación.

Su madre era lo más parecido a un modelo a seguir que conocía. Bioingeniera en un laboratorio farmacéutico, había sido una de las mejores de su promoción. Al acabar la carrera pasó unos años como investigadora en el extranjero, pero, con el tiempo, decidió volver para incorporarse a la empresa privada. Y en una cena de Navidad de la compañía conoció a Carles, el padre de Cinthia. Se enamoraron, salieron, se fueron a vivir juntos y, al poco, ella estaba embarazada de Aroa; y unos años después de Cinthia. Había aparcado temporalmente su carrera hasta unos meses atrás, en que había recibido una llamada de su antiguo profesor de química orgánica para ofrecerle participar en un proyecto para Domikte, la mayor empresa de capital privado del mundo.

—¿Preparada? —oyó preguntar a su madre.

—No.

—Cinthia, ya lo hemos hablado...

—Le he enviado un mensaje a papá —contestó sin dejarla terminar.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¿En qué habíamos quedado ayer por la noche? Vamos a hacer esto por él. Sabes que para él es importante. Algunos de los hijos de sus clientes son alumnos de la Academia Blume. Sé que no lo entiendes, pero solo quiere lo mejor para ti.

—¡Para mí no, para él! —respondió Cinthia furiosa—. Si quiere ser amigo de todos esos pijos, no es mi problema. Yo ya tengo a mis amigas, joder.

—¡Cinthia, habla bien!

—Jo, mamá, es que no lo entiendes.... —se quejó, clavando la vista en el suelo de la cocina.

—¿Sabes lo que entiendo? —contestó su madre, y por el tono de voz, Cinthia ya sabía que se avecinaba una bronca—. Entiendo que el año anterior aprobaste por los pelos. Entiendo que al empezar este curso nos prometiste que te ibas a esforzar. Y entiendo que, porque confiábamos en ti, te dejamos seguir con tus clases extraescolares. Y no has cumplido tu parte, así que ahora te toca hacer lo que nosotros digamos. Y si tienes alguna queja, lo mismo hasta te borro de escalada.

—Al final, siempre te pones de su parte...

Su madre comprendió que era el momento de aflojar un poco la cuerda, y con un tono más relajado, se acercó a su lado, y poniéndole una mano al hombro le dijo:

—Tú tampoco me lo pones fácil, cariño. Ve a por tu mochila, que nos vamos.

Cinthia hizo un movimiento brusco para mostrar su cabreo y deshacerse de la mano condescendiente de su madre. Sin decir nada, fue hacia la entrada para coger la bolsa de deporte que había dejado tirada al pie de la escalera.



Al llegar a la Academia Blume el ambiente entre ellas seguía tenso. Cinthia no había abierto la boca desde que salieron de casa, y se había limitado a mirar por la ventana del coche durante todo el trayecto.

La academia estaba situada en una antigua casa de indianos. Sus amables y redondeadas formas modernistas no evitaban que, estando allí, parada ante la gran verja de hierro forjado de la entrada, Cinthia se sintiera totalmente fuera de lugar. Mientras cruzaba los jardines exteriores, levantó la vista hacia el torreón que coronaba el edificio. Mirando todas aquellas vidrieras y contraventanas, uno tenía siempre la sensación de que alguien lo observaba desde dentro.

—Esto parece un manicomio —dijo a su madre, que ya empujaba la gran puerta de madera que daba acceso al edificio.

En el interior, bajo los altos techos decorados con motivos florales y al pie de una amplia escalera, una recepcionista las esperaba con mirada impaciente.

—Buenos días, ¿qué desean? —preguntó sin esperar a que se acercaran.

—Buenos días. Tenemos una entrevista con Verónica Blume —contestó la madre.

—¿Su nombre?

—La cita está a nombre de la niña. Cinthia Ferrer.

Cinthia frunció el ceño. Odiaba que aún la consideraran una niña, y más aún que la trataran como tal.

—De acuerdo —dijo la recepcionista—. Suban a la primera planta y encontrarán un banco. Esperen allí y la directora las atenderá enseguida.

Subieron las escaleras. A cada peldaño, Cinthia sentía crecer la presión en el pecho. Odiaba estar allí, y cada vez estaba más cabreada con su madre. Se sentó en la sala de espera y sacó el teléfono móvil de la mochila.

—No soy una niña —soltó sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Perdona? —dijo su madre, sorprendida.

—Le has dicho a la recepcionista que soy una niña. ¡Tengo quince años!

—¿Quieres que te trate como a una persona adulta? Pues empieza por comportarte como una. ¿Te parece normal la rabieta que llevas desde que hemos salido de casa? De verdad, Cinthia, esta es una buena oportunidad para ti.

—¿Qué dices? Si este sitio es un asco...

—Lamento que no le gusten nuestras instalaciones, señorita Ferrer. La casa es antigua, pero ponemos un gran esfuerzo en su mantenimiento —dijo una voz de mujer.

Cinthia levantó la vista sorprendida. Verónica Blume les hablaba desde una puerta contigua. La miró a los ojos durante unos segundos y luego bajó la cabeza. Se moría de vergüenza. Su madre empezó a balbucear una disculpa.

—No se preocupe —la interrumpió la directora—. Llevo ya muchos años trabajando con chicos de su edad, y sé que, cuando están peleando contra el mundo, todo les parece su enemigo. Incluso esta casa...

Verónica Blume sonrió a la madre de Cinthia, que le devolvió la sonrisa, aliviada.

—Por favor, pasen. Y cierren la puerta al entrar —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose al interior de su despacho.

La madre de Cinthia se levantó rápidamente, tirando de ella del brazo. Cinthia aún se sentía abochornada, y sabía que su madre estaría aún más enfadada que antes.

—Ya hablaremos de esto después —le susurró mientras la empujaba hacia la puerta.

El despacho en el que se encontraban era austero pero confortable. La luz del sol entraba por un gran ventanal, filtrada por el mosaico multicolor de la vidriera. El mobiliario se componía de apenas las tres sillas en las que estaban sentadas, la gran mesa de madera que se interponía entre la directora y ellas y una estantería con libros y fotos.

Mientras su madre y la directora hablaban, Cinthia las observaba con detenimiento, sin prestar mucha atención a lo que decían. Por lo que sabía de ella, Verónica Blume debía tener unos sesenta años, aunque parecía más joven. Era delgada, y no se veían grandes arrugas en su cara. Tenía unos bonitos ojos verdes que, junto a unos pómulos redondeados y una sonrisa permanente en la cara, emanaban una gran tranquilidad. Su tono de voz, al igual que su expresión, era sereno y desprendía amabilidad. Pero lo que más le gustaba a Cinthia era su pelo, de un intenso rojo oscuro. Por su edad, era evidente que se trataba de un tinte, pero se veía tan natural en ella que podías tener la certeza de que ese había sido su color original.

—...para los alumnos con beca como su hija —oyó decir a la directora. Cinthia decidió centrarse en la conversación.

—¿Totalmente gratuito? —preguntó su madre.

—Correcto. Solo hay una condición previa: el candidato debe garantizar su total compromiso con el programa.

Cinthia notó un calor repentino por el cuerpo. Tenía una oportunidad de librarse de aquel sitio. Solo tenía que decir que no estaba dispuesta a pasar por

aquello, tan simple como eso. Y, aun así, la forma en que las dos mujeres la miraban le impedía hablar con claridad.

—Yo no... —balbuceó. Los ojos de su madre decían «ni se te ocurra». Los de la directora la miraban esperanzados. Al notar sus dudas, le dedicó una sonrisa y después se dirigió a su madre:

—Señora Ferrer, ¿puede dejarme a solas con su hija?

—Señora Gómez, por favor.

—¿Disculpe? —Verónica Blume parecía contrariada.

—Me llamo Beatriz Gómez. Ferrer es el apellido de mi marido —aclaró la madre con una sonrisa.

—Disculpe, señora Gómez. Me temo que, a veces, es más fácil cambiar el mundo que las viejas costumbres de la gente —se excusó la directora. Por un momento, su voz pareció la de una mujer muy cansada. Rápidamente recobró su ánimo habitual—. ¿Podría dejarnos solas?

La madre de Cinthia asintió con la cabeza. Se giró hacia la silla en que estaba sentada su hija, y agarrándola cariñosamente del brazo le dijo:

—Acuérdate de lo que hablamos antes. Te espero fuera.

Se levantó y salió cerrando la puerta con cuidado. Cinthia no sabía muy bien qué hacer. Miraba fijamente las manos sobre su regazo; unas manos que no conseguían estar quietas.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó la directora.

—No, bueno... Nada... —Cinthia se sentía atrapada en una callejón sin salida.

—Cinthia, llevo muchos años educando a chicos de tu edad, y sé distinguir claramente cuando alguien está aquí en contra de su voluntad. Así que puedes contarme lo que te han dicho tus padres para traerte aquí por la fuerza.

—No, eh.... Mi padre quiere que venga a esta academia porque aquí viene la gente rica —dijo con voz enfadada—. Pero mis amigas van a otro sitio y yo quiero ir con ellas. Y mi madre solo le hace caso a él.

—Lo entiendo —dijo la mujer, y se sumió en un silencio que a Cinthia le pareció interminable. Al cabo de unos segundos continuó—: ¿Sabes que esta academia nunca ha concedido una beca? De hecho, nunca hemos hecho un

proceso de selección. Los otros chicos, la gente rica, como tú la llamas, vienen aquí porque tienen que venir; no tienen elección.

»Esta academia no es un centro de refuerzo. Quiero decir, sí que ayudamos a los muchachos que tienen problemas con las asignaturas normales, pero nuestro objetivo es enseñarles otras materias. Este centro lleva en funcionamiento muchos años, muchos más de los que nadie recuerda. Algunos de nuestros alumnos, los más destacados, han conseguido cosas extraordinarias. Y no ha sido así porque les hayamos ayudado a aprobar Historia o Matemáticas. Es porque les hemos dado algunas ideas; ideas que deben ser suyas porque así está decidido.

»Este mundo no es como la mayoría de la gente cree. Hay secretos que solo conocen un grupo determinado de personas. Nuestros alumnos son los hijos de esas personas, y están predestinados a convertirse en gente influyente y con mucho poder.

Al otro lado de la mesa, Cinthia la escuchaba con cara extrañada.

—¿Sois una secta? —preguntó.

—Mmmm —la directora sopesó la respuesta, como si no quisiera darle más información de la necesaria—. Digamos que mis alumnos forman parte de un club muy exclusivo.

—¿Y tú?

—Yo pertenezco a una orden religiosa. Simplemente los instruyo de jóvenes, y en casos muy especiales, los tutelo para que puedan desarrollar un conocimiento concreto.

—¿Eres una monja? —Cinthia intentaba atar cabos, pero estaba totalmente perdida.

—Mi orden está compuesta de distintas compañías: religiosas, militares... Yo solo soy una archivera —le aclaró Verónica Blume—. En cualquier caso, supongo que te estarás preguntando qué pintas tú aquí.

»Mi congregación guarda un secreto desde hace miles de años. Algunos miembros creemos que ha llegado la hora de revelarlo al resto de la humanidad. Por eso busco alumnos nuevos que quieran estudiar con nosotros y entregarles el conocimiento que guardamos.

—¿Por qué no lo publicas en internet y listo? —preguntó Cinthia que, aunque le picaba la curiosidad, empezaba a estar ya cansada de aquella historia.

—Me tomarían por loca. Además, mis propios compañeros se encargarían de detenerme y depurarme. No, no se trata de algo que pueda desvelarse de la noche a la mañana. Se necesitarán varias generaciones para que el cambio de mentalidad sea completo. Tú serías solo parte del primer paso.

—Vamos a ver, ¡pero si yo solo quiero aprobar las mates!

—No te preocupes. Nos encargaremos de eso —le contestó la directora con una amplia sonrisa. Cinthia no sabía muy bien cómo interpretar aquello.

—La verdad es que no entiendo...

—No te preocupes por eso —la interrumpió—. De momento, tienes una decisión importante que tomar: si quieres estudiar con nosotros o no. La respuesta solo la tienes tú. Ahora, tu madre ya se debe estar poniendo nerviosa... Solo una cosa más: esta conversación debe quedar exclusivamente entre tú y yo. Si alguien se entera de lo que te he contado, podrías tener problemas. ¿De acuerdo?

—Vale —respondió Cinthia. Su cabeza estaba hecha un lío.

—Antes de irte, te daré algo.

Verónica Blume cogió una caja de madera del cajón de su escritorio. La abrió y sacó algo de ella. Acto seguido le tendió la mano. Sus dedos sujetaban un pequeño cartón con el escudo de la escuela. Cinthia lo tomó, lo guardó en su mochila y se levantó de la silla.

—Gracias por la tarjeta —dijo antes de salir.

—No es una simple tarjeta. Es una llave.

—¿Una llave para abrir qué?

—Todo un mundo nuevo.

CINTHIA SE DESPERTÓ CON el ruido de la aspiradora. Los domingos solía ser la última en levantarse y, en circunstancias normales, sus padres no habrían empezado la limpieza de la casa hasta que hubiera salido de la cama, pero aún seguían cabreados con ella.

Nada más salir de la academia, Cinthia le había dicho a su madre que no pensaba estudiar en aquel sitio. «Ni de broma», le aseguró. Cuando le preguntó por su charla en privado con Verónica Blume, Cinthia había mentido. No sabía bien por qué, pero se había inventado una historia sobre los planes de estudio. Le contó que no se parecían a los de su colegio, y que creía que no le iban a servir para aprobar Matemáticas ese trimestre. Su madre, evidentemente, no se tragó ni una palabra, pero tampoco se habría creído lo que había pasado en realidad.

Durante la cena había tenido una larga y tensa discusión con su padre. Él estaba convencido de que Cinthia tenía su decisión tomada desde antes de acudir a la entrevista. En realidad tenía razón, y Cinthia simplemente se defendía por impulso, porque le dolía verse atacada. Cuando estuvo harta de reproches, se levantó de la mesa y se encerró en su habitación. Durante un buen rato se quedó despierta, tumbada en la cama y dando vueltas a su conversación con la directora. Si no le había mentado —y Cinthia tenía la intuición de que no lo había hecho—, ¿qué clase de personas se educaba en ese centro? ¿Y qué secreto guardaban? Seguía convencida de que se trataba de algún tipo de secta. En cualquier caso, según lo que le había dicho Verónica Blume, debía ser peligroso meterse en sus asuntos. Por mucho que sus padres se cabrearán, no quería tener nada que ver con esa gente.

Los siguientes días no fueron mucho mejores. Aunque desaparecieron las broncas, en casa reinaban las caras largas.

En medio de ese ambiente enrarecido había llegado el domingo, y Cinthia, en el cálido confort de sus sábanas y mirando al techo, se preguntaba si ese sería el día en que las cosas comenzaran a recuperar la normalidad.

Se despertó y salió de la cama. Los fines de semana casi siempre tenía alguna competición deportiva. Ese día le tocaba exhibición de escalada. Aún en pijama, preparó la mochila con el material necesario. Después se enfundó unas mallas y un top, y se puso una camiseta por encima.

Llegó a la cocina intentando no cruzarse con nadie. El ruido de la aspiradora seguía sonando en el salón mientras desayunaba. Se estaba arreglando la trenza cuando se hizo el silencio. Al poco oyó los pasos de su padre acercarse a donde estaba ella. Lo vio entrar por la puerta con el aparato de limpieza en la mano.

—Buenos días —dijo.

Cinthia le saludó con un ligero meneo de cabeza, pero sin decir nada.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Todas sus esperanzas de que las cosas fueran a mejor se desvanecieron en un segundo. Su padre no dijo nada más; simplemente encendió la aspiradora y siguió con la limpieza.

En el fondo, Cinthia ya sabía que iban a acabar así. Siempre que su madre, su hermana o ella tenían una discusión con él, se enfadaba, se encerraba en sí mismo, y no había manera de que diera su brazo a torcer. No sabía ceder: o se salía con la suya o tensaba la cuerda hasta que se rompía. Y ese día Cinthia había sentido claramente un *crack* dentro de ella. Un crujido seguido de un temblor por todo su cuerpo. Toda la tensión de los últimos días se desparramó por su interior. Las lágrimas asomaron a sus ojos y, gota a gota, fueron cayendo por sus mejillas. Ella siguió trenzando su melena, intentando disimular los espasmos del llanto.

Cuando su padre levantó la vista del suelo y la vio, supo que había llegado el momento de una tregua. Apagó la aspiradora, se sentó en la silla que había junto a ella y le puso las manos sobre las rodillas.

—Lo siento, ¿vale? —le dijo.

—Jo, es que no lo entiendo. No sé por qué te pones así..

—Yo solo quiero que tomes la decisión correcta.

—No, lo que quieres es que tome una decisión que tú ya has tomado por mí.

—Cinthia, es una oportunidad muy buena. Si ahora la desperdicias, es posible que más adelante te arrepientas. Ya sé que preferirías ir con tus amigas, pero seguro que allí conocerás a gente nueva.

—Es igual, papá, ya sabes que no voy a ir. Está decidido —respondió Cinthia mientras se levantaba de la silla. Cogió una servilleta de papel de la encimera y se secó las lágrimas—. Me voy, que tengo exhibición.

Lo único que dijo su padre fue «suerte», y volvió a encender la aspiradora para seguir con la limpieza.

Cinthia subió las escaleras de dos en dos para ir a buscar la mochila con sus cosas. Sentía una gran presión en el pecho, y quería salir de casa lo antes posible. En la planta de arriba, el ruido de la aspiradora quedaba ahogado por la música que salía de la habitación de Aroa. Lo último que deseaba era tener otra pelea con alguien, así que entró corriendo en su habitación, cogió sus cosas y salió de nuevo disparada escaleras abajo. Al abrir la puerta de la calle, se encontró a su madre con las llaves en la mano. Ambas se sobresaltaron al encontrarse de frente.

—¡Joder, qué susto! ¿De dónde sales? —preguntó Cinthia.

—Eres tú la que va acelerada —contestó su madre mientras la miraba con detenimiento—. ¿No habréis vuelto a discutir?

—Como siempre.... Me voy a escalada, volveré a la hora de comer.

—Espera —la detuvo—. Tengo una cosa para ti.

Su madre entró en casa dejando la puerta abierta. Cinthia miraba su *smartwatch*, impaciente. Estaba deseando largarse de allí. Por suerte, no tardó mucho en escuchar sus pasos por el pasillo. Cuando volvió, llevaba algo escondido en el puño.

—Continúo muy disgustada con tu actitud, pero quiero darte esto —dijo abriendo la mano y mostrándole lo que guardaba.

Era un colgante con una piedra de un intenso azul eléctrico, que parecía estar iluminada desde dentro. Tenía un color hipnotizante; Cinthia no había visto nada igual

—Es un mineral nuevo que hemos desarrollado en el laboratorio. Se supone que es un proyecto confidencial, pero me deben un montón de horas extra, así que...

—Gracias —masculló Cinthia, casi a regañadientes. Ella también seguía enfadada, y no iba a dar su brazo a torcer por un simple regalo. Guardó el colgante en el bolsillo exterior de su mochila—. Me piro. Hasta luego.

Salió disparada sin dar a su madre la oportunidad de decir nada más. Al cruzar el portón del jardín comunitario, respiró aliviada.



Llegó al rocódromo un rato antes del inicio de la exhibición. La mayoría de sus compañeros del club de montaña ya estaban allí. Saludó a todos alegremente, y se puso a preparar el material. Mientras pasaba las cuerdas por el arnés, rezaba para que ninguno se acercara a hablar con ella. Llevaba cuatro meses compartiendo clases con ellos, pero le costaba mucho establecer lazos con gente nueva. Eso le hizo acordarse de que tenía pendiente mandar un mensaje a Paula y Marta para ir esa tarde al cine. Decidió que ya haría una videollamada con ellas más tarde para fijar una hora. Por el momento, debía centrarse en la escalada.

Cuando empezó la exhibición, se sentó a ver a los más pequeños. Algunos lo hacían muy bien. Subían por las presas con una facilidad envidiable, como si sus cuerpos flotaran. ¡Ojalá ella pudiera hacer lo mismo!

Como llevaba poco tiempo practicando, Cinthia aún no tenía un buen nivel. Eso le fastidiaba bastante, porque en el resto de deportes siempre había destacado casi de inmediato y solía ser de las mejores. Pero la escalada era diferente: no dependía de tener un físico muy atlético o un talento natural, sino de aprender y practicar la técnica necesaria. Por primera vez tenía que esforzarse

para intentar destacar y, aun así, no estaba teniendo mucho éxito: en su primera exhibición no había pasado de la sexta presa.

Desde entonces, y tras hablar con el entrenador, había concentrado sus esfuerzos en dos puntos: preparar bien el plan de ataque y mejorar la colocación de pies. Lo primero le permitiría contar de entrada con una estrategia y una ruta ya trazadas, y no verse de repente atrapada en medio de un tramo del que no supiera cómo salir. Lo segundo debía ayudarla a no sobrecargar los brazos, ahorrando esfuerzos inútiles y haciendo que todo fuera más fácil y fluido.

Al llegar el turno de su grupo, el entrenador le avisó para que se preparara; al ser una de las participantes de menos nivel, le tocaría salir de las primeras. Mientras se ajustaba el arnés, Cinthia iba repasando su plan: pensaba copiar la ruta, que había visto hacer a uno de los niños que había participado anteriormente, con un primer tramo de unas diez presas casi vertical. A partir de ahí, la pared empezaba a inclinarse hacia afuera, y no tenía claro si podría superar el saliente sin caerse.

Cuando su nombre sonó por megafonía, se plantó al pie del rocódromo y se anudó la cuerda al arnés. Luego, mientras se impregnaba las manos de magnesio, estudió la pared, visualizando la estrategia a seguir. Respiró hondo y se aferró a la primera presa. La salida requería fuerza en los brazos: debía colgarse de dos agarres a diferentes alturas, y subir los pies por encima de la cintura. Cinthia se dio un fuerte impulso y, con un par de movimientos, se colocó en la posición deseada. El siguiente paso era sencillo: tenía que estirar el brazo para alcanzar la siguiente presa y, con la ayuda de las piernas, recuperar la verticalidad. A partir de ahí, venía una sección fácil, que solo requería una buena colocación para no sobrecargar los músculos. Cinthia buscó con los dedos el saliente artificial de la pared. Lo atrapó y, cuando se disponía a impulsarse, su punto de apoyo falló y todo su cuerpo se vio sometido a la fuerza de la gravedad. Se quedó colgada de la punta de los dedos, apretados como garras, aguantando la tensión. Intentó recuperar la posición, pero al levantar la pierna, su mano izquierda no pudo soportar la carga y cedió. Cinthia escuchó el «¡Oooh!» de la gente, acompañado de la sacudida de la cuerda. Y se quedó allí, balanceándose en el aire, totalmente abochornada.



Después de aquello, Cinthia no quería saber nada de nadie, así que se fue directa al polideportivo y se metió en uno de los vestuarios individuales que había junto a la piscina. No llevaba ropa de repuesto, pero quería estar un rato sola hasta que se le pasara la sensación de ridículo. Al bajar, se había cruzado con el entrenador, que la había mirado perplejo, abriendo las manos como preguntando «¿Qué ha pasado?». Y eso mismo se estaba preguntando ella ahora mismo, pero no tenía una respuesta.

Lo mejor que podía hacer era tratar de olvidarlo. Echó mano a su mochila para coger el móvil y llamar a sus amigas. Al sacarlo del bolsillo notó que algo caía al suelo: era la tarjeta que le había dado Verónica Blume. La recogió y se quedó mirando el escudo de la academia en la parte frontal. Era tan pretencioso como la escuela. El papel era grueso y rugoso. Pasó los dedos por encima para comprobar cómo se sentía al tacto; era evidente que la prestigiosa Academia Blume podía permitirse una buena tarjeta.

Se disponía a guardarla cuando se fijó en que había algo raro en el reverso. Donde antes solo estaba el blanco roto del papel, ahora se podían distinguir unas ligeras marcas de color azul. Cinthia las miró con detenimiento. Tenían un brillo extraño. Era como si alguien hubiera grabado un texto con un cristal, pero apenas se podían leer las letras. De repente cayó en la cuenta. Rebuscó en el bolsillo de la mochila y allí estaba: el colgante que le había regalado su madre. Tenía un color similar al de los reflejos de la tarjeta. Acercó el mineral a las marcas para comparar el tono y, como por arte de magia, estas parecieron absorber la luz de la piedra. El texto tomó forma, y Cinthia pudo leer la inscripción:

Los sueños de la oruga
son los recuerdos
de la mariposa.

La crisálida guarda
la llave
para cumplirlos.

¿Qué quería decir aquello? ¿Y quién había escondido aquel mensaje? La directora le había dicho que esa tarjeta era una llave, y esa misma palabra figuraba en el reverso. Pero, ¿por qué había aparecido al acercar el colgante que le había dado su madre? ¿Lo había grabado ella en el cartón? Tendría que preguntárselo directamente. Guardó las cosas de nuevo en la mochila y salió de la cabina. La vergüenza del fracaso en el rocódromo había quedado relegada a un segundo plano.



Mientras iba camino de vuelta a casa, un intenso sol primaveral le calentaba el cuerpo. A diferencia del pegajoso bochorno de los días de verano, aquella calidez era reconfortante. Cinthia, que al principio caminaba decidida para regresar lo antes posible, empezó a ralentizar el paso. Hacía un día estupendo y, pensándolo bien, no tenía tantas ganas de volver para empezar una nueva discusión. Comprobó su *smartwatch*. Tenía tiempo de sobra antes de la hora de comer.

Pasó por el quiosco del casino a comprar un refresco. Tras pagar, se quedó unos segundos parada en medio del paseo, pensando dónde podría ir a bebérselo tranquilamente. No podía ir al parque fluvial ni a la Plaza Mayor, porque corría el riesgo de encontrarse a alguno de sus compañeros de escalada, que seguramente habían salido juntos después de la exhibición. El mejor sitio para no coincidir con nadie era el patio del antiguo ayuntamiento.

Hacía ya unos años que el consistorio se había trasladado a un edificio más moderno. Desde entonces, el antiguo palacete que había albergado las dependencias municipales funcionaba como ateneo. Las distintas asociaciones locales se reunían allí para preparar sus actividades y realizar asambleas. Como

los domingos la mayoría de las entidades tenían algún evento, solía estar poco concurrido. En la parte trasera del edificio había un gran patio en el que se conservaba un árbol centenario. A su alrededor, una zona acondicionada con césped convertía aquel rincón en uno de los más bucólicos de la ciudad.

Cuando Cinthia llegó, no había absolutamente nadie en el jardín. Se acercó a los pies del árbol, tiró su mochila en el hueco de unas raíces y se sentó con la espalda contra el tronco. El sol se colaba por cada pliegue de su ser. Abrió la lata de refresco, dio un sorbo y la dejó sobre el césped. Cerró los ojos y sintió como todos sus músculos se relajaban. Una especie de cosquilleo le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Por fin podía estar tranquila.

Echó mano al bolsillo de la mochila y sacó la tarjeta de la academia. El mensaje había vuelto a atenuarse y apenas se podía leer. Cogió también el colgante y lo acercó al papel rugoso. De nuevo volvieron a aparecer las letras. Cinthia se quedó mirando pensativa aquellas palabras, mientras su cerebro evaluaba en un segundo todas las posibles explicaciones a aquel misterio.

Un movimiento inesperado la sacó de su ensimismamiento. Un pequeño ser revoloteaba en la periferia de su campo de visión. Al fijarse mejor vio que era una mariposa que aleteaba a su alrededor. Por el rabillo del ojo percibió que otra se estaba acercando a la mano con la que sujetaba el collar. En un momento, varias de ellas surgieron de la nada y se arremolinaron en torno al colgante. Era como si la piedra las llamara.

Cinthia estaba fascinada con aquel espectáculo de la naturaleza, y seguía el vuelo de las mariposas con curiosidad; sus movimientos eran casi magnéticos. Una de ellas abandonó el grupo y fue a posarse sobre una rama cercana. Replegó las alas y se quedó inmóvil. Cinthia se levantó para mirarla con detenimiento. Junto a ella había algo más: un pequeño capullo. Y lo más sorprendente: desprendía el mismo brillo azulado que la piedra que le había regalado su madre. ¿Qué demonios era aquello?

Lo cogió con cuidado para verlo más de cerca. Efectivamente, la luz que desprendía era la misma que la del collar que sujetaba en la otra mano. Acercó los dos elementos y, al igual que el mensaje en la tarjeta, el capullo se iluminó ante la proximidad del mineral. Tenía que haber alguna relación entre ellos.

De pronto notó algo. Lo que fuera que hubiera dentro de la carcasa se estaba moviendo y parecía querer salir de su envoltorio. Cinthia lo sujetó con la punta de los dedos y lo rompió como si fuera una galleta de la suerte. Una oruga azul y resplandeciente salió del interior y se enganchó en una de sus uñas. Mientras estaba allí colgada, Cinthia dudó por un momento si se estaba volviendo loca. O tal vez la habían drogado. Miró la lata en el suelo con desconfianza. No, aquello no tenía ningún sentido...

La pequeña oruga empezó a trepar lentamente por su dedo, y siguió avanzando hasta llegar al dorso de su mano. Allí se detuvo encima de una de las venas que asomaban bajo su piel. Cinthia notaba la presión de sus patitas entorpeciendo ligeramente su circulación. Estuvo unos segundos allí parada y después empezó a moverse trazando ochos. Cada vez se movía más rápido. En una de las vueltas, sin que Cinthia tuviera tiempo de reaccionar, la oruga cruzó velozmente su mano, subió por el antebrazo y se coló bajo la manga de la camiseta. Ella empezó a gritar y a darse manotazos sobre la ropa. Notaba el tacto pegajoso de aquellas patas recorriendo su cuerpo. Aquel bicho se movía en todas direcciones con una rapidez inusitada, como si estuviera buscando algo. Lo notó subir por su nuca y meterse entre su pelo. Cinthia, al borde de la histeria, se rascaba la cabeza con violencia. La oruga zigzagueaba entre sus cabellos, provocándole un cosquilleo insoportable. Al final, la notó salir por detrás de la oreja y deslizarse en el interior de su oído.

Cinthia gritaba y lloraba. Sentía la oruga dentro de su cabeza, la oía moverse. Ladeaba el cuello y se golpeaba la sien intentando que saliera. A la desesperada, intentó hacer un rulo con la tarjeta que tenía en la mano; quería metérselo en la oreja y sacar al bicho de dentro. En ese momento vio el brillo del anverso, y una frase acudió a su mente: «La crisálida guarda la llave».

Lo último que notó fue un mordisco en la base del cráneo y un dolor muy intenso que recorría todo su sistema nervioso. Después, la vista se le nubló por completo y perdió el conocimiento.



¡No te quedes a medias!

Continúa la aventura y descubre el secreto de Domikte.
Consigue ahora la novela completa en tapa blanda o ebook.

Pulsa o escanea el código QR.



© 2026, Robert Macià